

Reseña

Divino e infame: Las identidades de Rubén Darío, de Luís Cláudio Villafañe G. Santos. Taurus / Penguin Random House Grupo Editorial, 2023. 374 pp.

En marzo de 1889, Rubén Darío regresa a Nicaragua después de haber pasado en Chile poco más de dos años y medio. Años muy productivos, aunque difíciles desde el punto de vista financiero. Había trabajado en los mejores diarios de aquel país y publicado ya una crónica en el más importante de la época, el bonaerense *La Nación*, siguiendo el ejemplo de su admirado José Martí. Cuenta con veintidós años recién cumplidos y con tres libros publicados, uno de los cuales, llevando el inefable título de *Azul...*, había sido elogiado por un crítico español de renombre, don Juan Valera (“lo primero que América da a nuestras letras” escribió este), una distinción no muy común para los escritores latinoamericanos del periodo.

Entre ese primer momento de proyección internacional y su consagración definitiva, ya afincado en Europa como cronista de *La Nación*, y después como diplomático de su país, muchas son las lagunas biográficas y aspectos ignotos de su personalidad y accionar; muchos los complejos vericuetos de la política centroamericana en que se vio envuelto intentando siempre estar cerca del poder político; muchos los textos soslayados de sus colaboraciones periodísticas –su más cierta fuente de ingresos a lo largo de su vida–; los documentos olvidados de su archivo –a resguardo en la Complutense–; y hasta los documentos inéditos o falsos surgidos de vez en vez, que lo menos que se puede decir de la imagen conjunta del celebrado autor y su obra es que esta ha resultado asombrosamente parcializada. Y esta observación vale tanto para la imagen construida por la crítica más formalista, indiferente a las “seducciones” de la sociología y la psicología de la literatura, como para aquella en que la perspectiva contextual resulta ineludible en la tarea interpretativa. Esto, desde que Ángel Rama y Jean Franco, entre otros, iniciaran el proceso de su productiva reevaluación, así como del movimiento literario en que se adscribió, a partir del juicio crítico que las décadas previas dejaron a ambos lados del Atlántico, según se infiere de este *tour de force* biográfico escrito por el historiador brasileño Luís Cláudio Villafañe G. Santos.

Ya otros precursores del modernismo en las letras hispanoamericanas han merecido, en años recientes, sendas biografías como José Asunción Silva, por parte de Fernando Vallejo en *Almas en pena chapolas negras*, o José Martí, por Francisco Goldman en *El esposo divino*. Ambas innovadoras en su

propuesta narrativa con respecto al género. Como ellas, la biografía de Darío es también producto de una rigurosa investigación documental y bibliográfica y de una profunda compenetración con el personaje histórico, aunque refractando cualquier tendencia a su idealización. El abordaje seguido por Santos, empero, no ha sido el literario o el metaliterario de aquellos autores, sino el historiográfico, por lo que en *Divino e infame* no se recurre a la ficción, la ocasional especulación o la sistemática interpretación de la obra literaria en cuestión, como lo señalaría en *El esposo divino* el propio narrador haciendo las veces de historiador: “hay verdades biográficas literales acerca de la vida de Martí que pueden recogerse en su poesía, incluyendo los poemas escritos durante más de un año en Centroamérica” (Goldman 381).

Entre sus muchos aportes, *Divino e infame* se aboca a contextualizar el periodismo literario y la poesía cívica de Darío en relación con la política de su tiempo, siguiendo la tendencia fundamental de la historiografía de vincular historia y política. Por ello aclara que: “poco abordamos los aspectos, técnicos y literarios de la poesía” (356). Y sobre la narrativa resultante afirma que: “las referencias a los temas se reducen al mínimo necesario para contextualizar la trayectoria intelectual del biografado” (128). Como se puede constatar en las numerosas notas a pie de página, la labor de archivo en que se basa la investigación ha sido por demás meticulosa. Discrepancias sobre algunos datos y fechas entre críticos y biógrafos, de la época o posteriores, han sido examinadas, así como las versiones o interpretaciones encontradas sobre un mismo hecho que, en el caso de una figura tan socorrida para los más diversos fines y proyectos ideológicos, no han sido infrecuentes. De ahí que Santos confronte la esencial contradicción en la recepción crítica de Darío: promonárquico, eurocéntrico, elitista, nostálgico de los valores aristocráticos y del colonialismo (hispánico), al servicio de los poderosos de cualquier filiación política (“el poeta cortesano” Vargas Vila *dixit*), afrancesado, panamericanista o, por el contrario, liberal, emancipador o descolonizador *avant-la-lettre*, hispanoamericanista o latinoamericanista, antiestadounidense, etc.

Santos hace un gran trabajo en dirimir posiciones y establecer las coyunturas pertinentes al respecto de cada una de estas interpretaciones críticas, a sabiendas de que el radicalismo político no solo no es lo mismo que el radicalismo estético, sino que muchas veces se contradicen en una misma obra. Lo cual tiene también un impacto respecto a historiografías literarias basadas en los cambios de forma y contenido en el transcurso de la poética dariana (desde 1879, cuando comenzó a publicar a los trece años, hasta 1916, cuando fallece), concebidos como una progresiva “evolución” poética e ideológica en etapas claramente demarcadas, de afrancesado apolítico, a formalista experimental, a sintético político. El resultado lógico ha sido la de concebir, en buena parte, la cambiante obra dariana en términos de una evolución poética y en respuesta a epocales desafíos estéticos y formales. La realidad es que dicha trayectoria no fue lineal. Ya desde principios de la década de 1890, señala Santos, tanto el periodismo literario de Darío, sobre todo sus crónicas, al igual que su poesía cívica, exploraban temas y posiciones

asociados a su época más madura y magistralmente plasmados en la que muchos críticos consideran su mayor obra, *Cantos de vida y esperanza*.

Este es uno de los grandes aciertos del biógrafo, incorporar al estudio general de la obra de Darío la parcela quizás más vasta con, al menos, ocho volúmenes de crónicas, sugiriendo además su vinculación orgánica con su poesía cívica y de detallar su trayectoria de toda la vida en la prensa. Tan solo para *La Nación*, Darío escribiría casi setecientas crónicas en el lapso de diecinueve años. Como para los otros precursores del modernismo hispanoamericano, esta ha sido una faceta de su escritura mucho menos estudiada que la poesía. ¿Qué escribió Darío en los diarios? ¿Qué papel jugó su inserción en la prensa regional? ¿Qué contextos locales, regionales e internacionales parecieron incidir más sobre esta? ¿A qué coyunturas, o incluso presiones personales, respondió? Si para la crítica hispánica, por ejemplo, Pedro Salinas, distinguido miembro de la Generación del 27, el núcleo de la poesía dariana es el erotismo, tal tajante aserto solo tiene validez si se deja de lado la poesía cívica con que, de hecho, el nicaragüense se había dado a conocer desde niño. En realidad, a diferencia de la lírica más apegada al *dictum* de Verlaine (“de la musique avant tout chose”), su poesía cívica, así como buena parte de sus crónicas y ensayos respondieron al uso de la literatura para propósitos, digamos, menos atemporales o sublimes, sino es que más utilitarios o políticos.

Bien nos recuerda Santos, por ejemplo, que la oda “Unión Centroamericana”, no solo era un texto *ad hoc* para intervenir en el debate público, patentizando de paso la emergencia temprana de su ideología latinoamericanista, sino también al hecho de que el proyecto de la federación centroamericana, una de las formulaciones regionales del sueño bolivariano, estaba todavía muy vivo en ese momento. La República de Centroamérica, compuesta por Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, estaba proyectada para iniciar el 15 de septiembre de 1900. Desde la tribuna de la prensa, Darío, ferviente partidario del unionismo, contribuía, así, a tratar de mantenerlo vigente. El presidente Menéndez de El Salvador lo nombró director del diario *La Unión Centroamericana*, haciendo así sus pininos en tal rol. No sería la única vez que fuera director de un diario. El presidente Barillas de Guatemala lo nombró, a su vez, director de *El Correo de la Tarde*, teniendo entre sus colaboradores a Enrique Gómez Carrillo, a quien alentaría en sus deseos de lograr el “sueño europeo”, más específicamente francés. Como los periódicos de la época, ambos eran órganos decididamente partidistas, en una época en que el periódico era el principal vehículo de comunicación y de formación de la opinión pública, teniendo un poder tremendo sobre lo que el público lector podía saber o creer.

En cada uno de los catorce capítulos de esta biografía, el lector encontrará información suficiente para reencontrarse con el nicaragüense e, inclusive, para reinterpretar aspectos de su obra que han devenido en versiones ya demasiado trilladas, al punto de la distorsión o de la exageración o, por otro lado, carentes de la necesaria precisión o contextualización. Por ello, un logro

mayúsculo de esta biografía es el redescubrimiento de alguien tan aparentemente conocido. El tema de las identidades a que el subtítulo se refiere es otro aspecto de interés no solo anecdótico. Implica una densidad teórica no muy común en las narrativas biográficas y que, en este caso, se enraíza en supuestos valiosos para el posestructuralismo y el constructivismo. No deberá sorprender, entonces, que el personaje histórico que surge de sus casi cuatrocientas páginas sea una figura más inestable y camaleónica que la mítica y monolítica que ha ocupado un sobresaliente lugar en la historia de la literatura hispanoamericana. Como lo anuncia Santos desde el principio: “Todas estas esencias –de las personas a lo largo de sus vidas y de las naciones a lo largo de la historia– serían fijas o, al menos, estables en el tiempo e inalteradas en todos los contextos. Nada de eso es verdad” (13).

En ese sentido, el breve prolegómeno de una página “Identidades” y el último capítulo, “Las identidades de Rubén Darío”, el cual cumple las funciones de un epílogo, resultan claves como ejercicio autorreflexivo sobre el propio proyecto de escritura biográfica y como una reflexión respecto a toda narrativa biográfica en general y los debates contemporáneos sobre la obra y el pensamiento dariano en específico. Parecen dirigirse, en particular, a los especialistas interesados en construir una cierta imagen excluyente del bardo de la otrora Metapa, hoy Ciudad Darío. En efecto, puede resultar paradójico procurar una congruencia definitiva en la escritura, declaraciones y actuación de Darío, más allá de su complejo rol como artista o poeta, para afirmar o desmentir al Darío nacionalista, antiestadounidense, católico, *queer*, liberal, conservador, hipersexualizado, etc. (Pareciera que en lo único que coinciden todos los biógrafos es en la enfermedad del alcoholismo que terminaría llevándose a la tumba). Tiene razón Santos de que toda interpretación, como toda narrativa biográfica, no se puede desligar de su momento histórico y de los particulares intereses y perspectivas en juego. Por ende, así como no hay una trayectoria lineal de su vida, pensamiento y obra, tampoco “hay un Rubén Darío ‘verdadero’” (355).

Otro aspecto por resaltar, finalmente, es que como historiador y como diplomático –Santos fue embajador de Brasil en Nicaragua entre el 2016 y el 2022–, el autor se une a un selecto, aunque relativamente pequeño, grupo de intelectuales de ese país que se especializan en figuras históricas o en la producción cultural del lado hispanoamericano del continente. Como “vecinos distantes”, mucho falta por hacerse para incrementar ese flujo de pensamiento crítico y de retroalimentación cultural a ambos lados de la división acordada por el Tratado de Tordesillas “revirtiendo, con ello, el distanciamiento que la historia colonial y su herencia intelectual produjo en el continente” (Corona 36). La publicación de esta magnífica biografía en una editorial de gran circulación como Taurus es un paso importante en esa dirección. Cabe desear, así mismo, que Random House –grupo editorial al que Taurus pertenece–, con una significativa presencia en el mercado brasileño, publique su traducción al portugués para que los estudiantes y críticos brasileños conozcan, o se reencuentren quizás, con uno de los autores cimeros de la literatura

hispanoamericana, contemporáneo de Machado de Assis, otra de las figuras fundacionales de la crónica latinoamericana. Por ende, si para los interesados en la literatura del autor de *Prosas profanas* o el modernismo hispanoamericano en general, *Divino e infame: Las identidades de Rubén Darío* es lectura obligada, para los estudiosos de la crónica y el periodismo narrativo de ese periodo es absolutamente esencial.

Ignacio Corona
corona.7@osu.edu
The Ohio State University

Corona, Ignacio. "¿Vecinos distantes? Las agendas críticas posmodernas en Hispanoamérica y el Brasil". *Revista Iberoamericana*, vol. 64, nos. 182-183, 1998, pp. 17-38.

Goldman, Francisco. *El esposo divino*. Anagrama, 2004.